

JON JUARISTI

CERVANTES ANTE LOS PARTICULARISMOS ESPAÑOLES

El cuarto centenario de la publicación de la Primera Parte del Quijote coincide con la ofensiva concertada de los nacionalismos secesionistas y de una gran parte de la izquierda contra la unidad de la nación española, circunstancia que, en cierto modo, nos obliga a preguntarnos qué idea de España prevalece en la obra cervantina.

¿E xiste acaso en la obra de Cervantes y, más en particular, en el *Quijote* –que la imaginación liberal, desde Unamuno a Américo Castro, pasando por Ortega, consideraba nuestra biblia nacional– una determinada concepción de España? Así parecía creerlo Julián Marías, a las puertas del siglo XXI, cuando afirmaba de Cervantes que «habla de muy diversas porciones de España, al hilo de las andanzas de sus personajes; está lleno de simpatía por las varias regiones españolas y las colma de elogios; aparecen en sus libros castellanos, andaluces, vascos, catalanes, aragoneses, valencianos; no se siente distinto de ellos, no hay conciencia de castellanía exclusiva; no hay ni asomo de que Cervantes se sienta extraño ante ninguna porción de España. Hay una fraternidad general y espontánea en la obra entera de Cervantes, reflejo de lo que había sido la génesis de España durante la Edad Media y parte de la Moderna: Cervantes escribe cuando la unidad de España está consolidada desde más de un siglo antes»

Jon Juaristi es Catedrático de filología española y escritor.

Cuadernos de pensamiento político

(Marías, 1990, 30). Sin embargo, Cervantes vivió y escribió en una época en que esa unidad, tan lenta y dolorosamente construida, comenzaba a debilitarse. No se equivocaba Ortega al escribir, en su *España invertebrada*, que, concluido el ciclo incorporativo imperial, «de 1580 hasta el día, cuanto en España acontece es decadencia y desintegración» (Ortega y Gasset, 1964, 67), siendo el primer síntoma de tal proceso desagregativo la eclosión, ya bajo el reinado de Felipe II, de particularismos estamentales y territoriales (e incluso de particularismos neoestamentales fuertemente territorializados) que no sólo afectarían a los grandes espacios trasatlánticos, sino al cogollo peninsular del Imperio. Cervantes, como muchos de sus contemporáneos, no pudo menos que percibirlos, pero no buscó remediarlos excitando el castellanocentrismo ni postulando la cirugía de hierro para tratar los abscesos disgregadores (él, que era a la vez castellano, soldado e hijo de cirujano), al contrario de lo que más tarde haría Quevedo. Como el liberal que ya era, antes del liberalismo, confió en que, al mostrar en el espejo de la ficción los dislates ridículos del espíritu de campanario, los españoles de su tiempo sabrían reconocerse en ellos y enmendarían libremente sus conductas.

Para el Cervantes hondamente español, tocado por el erasmismo y el neoplatonismo, sólo el amor podía mantener unidos a los pueblos. Un amor que implica la mutua comprensión, por encima incluso de las diferencias idiomáticas, sobre la base de una historia y una morada geográfica compartidas. Entronca así con una tradición pasada, vagamente aristotélica, que había visto en el clima y en el medio natural los presupuestos de una relativa unidad caracterológica y moral de los españoles, condición necesaria para el entendimiento cordial entre todos ellos a despecho de las barreras lingüísticas, tradición que se había plasmado, por ejemplo, en una de las múltiples metáforas médicas del amor cortés que pueblan la poesía de Ausiàs March, cuñado de aquel Joanot Martorell cuyo *Tirant lo Blanc* Cervantes admiró tanto:

*Lo viscaí qui es troba en Alemanyà,
Paralític, que no pot senyalar,
Si és malalt, remei no li pot dar
Metge del mon si doncs no es d'Espanya,*

Cuadernos de pensamiento político

*Qui del seu mal haurà mes coneixença
 I entendrà millor sa qualitat:
 A tal son jo, en estrany lloc posat,
 Que altre sens vós ja no em pot dar valença.* (March, 1992, 271)

Ausiàs March se limitaba a recoger una creencia vulgar, muy difundida en su tiempo (nos referimos a la primera mitad del siglo XV) sobre la fabulosa capacidad de comprensión preverbal entre los españoles. Plantea deliberadamente un caso extremo: el de un vizcaíno (es decir, un vasco) al que hay que suponer ignorante de otra lengua que no sea la suya vernácula, y además paralítico, lo que le priva del recurso a la gestualidad. Los españoles, por cierto, desconfiaban del valor universal de los gestos: recuérdese lo que pasó entre griegos y romanos, según el Arcipreste de Hita, cuando éstos pidieron a aquéllos sus leyes. La empatía entre médico y enfermo se establece en medio de la quietud y el silencio, como una forma de milagroso reconocimiento fraternal entre dos españoles que se encuentran en *estrany lloc*, y, aunque la historia parezca inverosímil, su sentido no puede ser más claro.

Se trata, efectivamente, de una metáfora del amor patrio que el gran poeta valenciano traslada, en dos escuetos versos, al plano del amor entre el amante y la amada ausente (el *amor de lohn* de los trovadores provenzales). Aunque se pueda encontrar una explicación rigurosamente naturalista al improbable caso del vizcaíno y su médico (quizá a partir de una afinidad de la distribución humoral –o *complexión*– debida a idéntica influencia del clima y de las constelaciones, lo que facilitaría la aplicación laxa del axioma homeopático *similia a similibus curantur*), nos hallaríamos, al cabo, ante una petición de principio, porque, si el médico descubre una similitud oculta entre el enfermo y él mismo, lo hace desde la intuición afectiva (que hoy llamaríamos saber emocional) de un nexo preexistente entre ambos. Y Cervantes no creía en ello por haberlo descubierto gracias a su innegable genialidad, sino porque era lo que habían creído los españoles y habían argumentado médicos e historiadores desde hacía, al menos, dos siglos.

Ahora bien, a Cervantes, la fe en la unidad no le estorbaba la percepción de lo diverso. Lo que pasa es que consideraba la diversidad como algo puramente adjetivo. Marías observa que, habiéndose consolidado la unidad de España a lo largo del siglo XVI, «en otros países

Cuadernos de pensamiento político

Europeos esto no era así y persistían relaciones de extranjería dentro de los territorios nacionales. Ahora hay gentes que pretenden presentar España como un *mosaico*, pero la realidad es literalmente la contraria, y los escritos cervantinos lo muestran sin proponérselo» (Marías, 1990, 30). Por las páginas cervantinas, en efecto, desfilan andaluces, extremeños, castellanos, catalanes, valencianos, aragoneses, vascos, asturianos, murcianos y gallegos con idéntica prosopopeya española, pero no estoy tan seguro de que Cervantes no se *propusiera* jamás mostrar lo engañoso de esta apariencia de mosaico o de calidoscopio. Una vez, al menos, intenta hacerlo con prodigiosa ironía, a través de un complejo diálogo con la larguísima tradición de las *laudes Hispaniae* o alabanzas de España, procedente de la Baja Antigüedad. Me refiero al párrafo final de la descripción quijotesca de los ejércitos, al comienzo de la aventura de los rebaños:

En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los elíseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y adornados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra (Cervantes, 1978. I, 18).

Como observa Martín de Riquer (2003, 152), «a nadie le puede caber la menor duda de que todo esto está escrito en broma». La tradición literaria invocada y parodiada aquí es amplísima. Riquer señala, en primer lugar, la *Yliada romance* u *Homero romanizado*, de Juan de Mena, en cuya dedicatoria se enumera ampulosamente a los pueblos cuyos embajadores acuden a rendir pleitesía a Juan II de Castilla. También se remedan jocosamente algunos pasajes de la *Arcadia* de Lope de Vega, obra que es objeto de otras contrahechuras burlescas en distintos pasajes del *Quijote*. Menciona, en fin, Riquer sendos pasajes de *El Caballero del Febo* y del *Palmerín de Inglaterra*, que contienen también enumeraciones descriptivas de ejércitos y caudillos.

Cuadernos de pensamiento político

Obviamente, todos estos libros y muchos más por el estilo debieron comparecer en la imaginación cervantina (o en su memoria, que viene a ser lo mismo) cuando escribió las líneas antecitadas. ¿En broma? Sí, desde luego, pero también en serio. Cervantes apunta a dos modelos primordiales: las ya mencionadas *laudes* isidorianas y alfonsíes, y el catálogo de las naves aqueas en el Canto Segundo de la *Ilíada* (versos 494-760). Nótese que Cervantes no hace distinciones entre las gentes de España. Sólo los vizcaínos, mencionados mediante una paráfrasis («los de hierro vestidos»), son calificados como «reliquias antiguas de la sangre goda», pero aquí Cervantes no se aparta un punto de lo que eran las convenciones establecidas en la historiografía unitaria de su tiempo (singularmente, en la *Historia de España* de Juan de Mariana), que hacía de las gentes del norte peninsular, donde abundaba el hierro, los descendientes legítimos de los godos que se refugiaron supuestamente en las montañas cantábricas tras la derrota de don Rodrigo por los árabes. Y esta caracterización gótica de los vizcaínos o cántabros (ambos etnónimos son rigurosamente equivalentes en tiempos de Cervantes) va a contrapelo de la historiografía particularista vizcaína (Zaldibia, Garibay, Poza), que separaba a los vizcaínos de los godos y les daba una ascendencia protohistórica y bíblica (los caldeos de Túbal, hijo de Jafet).

Todos los españoles son iguales en su (in)definición regional, con la excepción de los vascos o cántabros, a los que se asigna un rasgo genealógico que sólo denotaría un nexo con la España visigótica. Lo que introduce diversidad es la geografía, no la historia. Como en las *laudes*, España es una tierra surcada de ríos (Betis, Tajo, Genil, Pisuerga, Guadiana), con tierras férciles en pasto y cereales, rica en toda clase de ganados. En el indiferenciado rebaño de carneros, don Quijote dibuja el mapa de la morada común.

¿Por qué el otro modelo, el homérico? Como es sabido, a Homero el catálogo de las naves le permitió desplegar una variada taxonomía étnica: un panorama de la Grecia arcaica descrita, ésta sí, como un mosaico de pueblos y de reinos, con sus correspondientes caudillos o *basileos*. Cervantes sabía, por supuesto, que un modelo como éste habría sido apropiado para una descripción de la España medieval, y acaso de la mayor parte de los países europeos de su tiempo, donde la unidad nacional distaba, como dice Marías, de haber sido alcanzada, pero que resultaría absurdo si se intentaba aplicar a la descripción retórica de la España de Felipe III. ¿Por qué, entonces, recurre a él?

Cuadernos de pensamiento político

En realidad, Cervantes no fue el primero en echar mano del modelo homérico para referirse a España. Ya lo había hecho así Fray Luis de León (2001, 113) en su *Profecía del Tajo*, cuyo asunto era, precisamente, la leyenda de la *Pérdida de España*:

*Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre los brazos cierras;
Trabajos inmortales
A ti y a tus vasallos naturales:*

*A los que en Constantina
Rompen el fértil llano, a los que baña
El Ebro, a la vecina
Sansueña, a Lusitania,
A toda la espaciosa y triste España.*

Quien habla en el poema es el río Tajo, que se dirige admonitoriamente al último rey goda, Rodrigo. Lo que éste hacía, en el momento en que el río toma la palabra, nos es sucintamente notificado en los tres primeros versos del poema:

*Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo, sin testigo.*

Dicho de otro modo, Rodrigo es interpelado por el Tajo –el único testigo– cuando se halla perpetrando el crimen por el que España toda va a perderse a manos de los árabes. En rigor, España ya se ha perdido en el momento mismo en que el río se levanta y comienza a reprender al rey. El castigo está implícito en la transgresión y, por eso, la unidad del reino visigótico puede descomponerse ya en una enumeración analítica de sus fragmentos, como lo hace Fray Luis. La unidad primitiva, mítica, desaparece para ser sustituida por un mosaico del que sólo algunas teselas se enumeran: las suficientes para sugerir a la imaginación, melancólicamente, el objeto perdido –«la espaciosa y triste España»– que asoma en el último verso de la serie como nombre de la totalidad que ha estallado y como ideal a restituir. Fray Luis, que escribe desde el ápice o culminación del proceso incorporativo, con la unidad ya restaurada y aparentemente segura, expone el

Cuadernos de pensamiento político

hecho histórico con el lenguaje del mito: la pérdida de España (o sea, del reino visigodo de Toledo), la fragmentación de la antigua unidad (los reinos medievales) y la reunificación simbolizada por el nombre final, España (como equivalente a la nueva criatura política, la Monarquía Católica, alumbrada por Isabel I y Fernando V y consolidada por sus sucesores). Los nombres geográficos que utiliza Fray Luis definen la totalidad del territorio desde los cuatro puntos cardinales: Constantina (el Sur); el Ebro (el Norte); Lusitania o Lusitania (el Oeste) y Sansueña (el Este). Pero Sansueña –equivalente a Zaragoza– es un topónimo del mundo de la fantasía caballerescas, tomado del romancero del ciclo carolingio y del *Amadís* y proyectado desde el mundo literario irreal al discurso de la Historia.

La técnica de Cervantes es precisamente la inversa. El fragmento citado del Quijote se inscribe en una descripción más amplia, que es un pastiche caballeresco con resonancias homéricas. El efecto que así consigue es una des-realización de la Historia. Los nombres geográficos referidos a ejércitos son meros fantasmas, miembros repartidos de un cuerpo que no existe, porque no tiene nombre alguno que lo unifique, y, cuando lo buscamos, como en el poema de Fray Luis, donde el nombre de España funciona como un lenitivo de la angustia producida por la fantasía del descuartizamiento, encontramos en su lugar una fuga en el sentido («Y [los que tiemblan] con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra») que busca producir en el lector –español– una decepción irónica. No hay ascenso desde los fragmentos a la unidad, sino remisión de los mismos a un conjunto más amplio de fragmentos dispersos: esa Europa inconclusa donde, como dice Marías, «persistían relaciones de extranjería dentro de los territorios que hoy llamamos nacionales».

Si Cervantes siguió a su manera el modelo homérico, fue porque intuyó la desagregación particularista (que treinta años después, en tiempos de Olivares, encararía Quevedo con retórica belicista y autoritaria) de la España del Quinientos, acaso idealizada por el antiguo soldado de Urbina, pero en la que, por cierto tiempo al menos, había conseguido arraigar –a través de las utopías pastoriles navideñas del teatro de Juan del Encina y de Gil Vicente, a través del *Lazarillo* y gracias a la levadura erasmista– la esperanza de una palingénesis nacional basada en la fraternidad y en la compasión.

Cuadernos de pensamiento político

Entre las parodias del catálogo homérico posteriores a Cervantes hay una que no me resisto a citar, porque tiene su raíz en el *Quijote* mismo. Me refiero a la descripción, no ya de los ejércitos, sino de los ganados de Irlanda en el *Ulises* de Joyce, donde la visión del caballero de la Mancha es devuelta a los términos de la percepción empírica, para satirizar así las visiones gloriosas y heroicas del pasado irlandés que habían difundido los dramaturgos nacionalistas. En los rebaños, don Quijote ve ejércitos. En los ejércitos de Yeats y Lady Gregory, esto es lo que ve Stephen Dedalus:

Y por aquel camino dirigían sus pasos innumerables rebaños de julos clarinados y ovejas de cría y carneros esquilados y corderos y gansos silvestres y novillos medio cebados y yeguas alborotadoras y terneras descornadas y ganado de pelo largo y ovejas de reserva y los rozagantes novillos cebados de Cuffe y animales de engorde y marranos capados y cochinos de matanza y las distintas y diferentes variedades de ganado porcino en alto grado distinguido y vaquillas de Angus y toros descornados de pura raza junto con vacas lecheras y toros premiados en concursos: y continuamente se oye un ruido de pisadas, un cacareo, alboroto, mugido, bramido, estruendo, rezongo, mordisqueo, un rumiarse de ovejas y cerdos y ganado de cansinas pezuñas desde los pastizales de Lusk y Rush y Carrickmines y desde las torrenteras de los valles de Thomond, desde las cimas del M'Gillicuddy el inaccesible y desde el señorial Shannon el insondable, y desde los suaves declives del terruño de la raza de Kiar, las ubres dilatadas por la superabundancia de leche y cubiertas de manteca y cuajadas de queso y tina-cos de granja y faldillas y pescuezos de corderos y celemines de grano y huevos oblongos a cientos, de varios tamaños, desde el ágata al pardo. (Joyce, 1999, 338-339).

No será 2005 un mal año para leer el *Quijote*. Y el *Ulises*.

BIBLIOGRAFÍA

- Cervantes, Miguel de (1978). *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Edición de Luis Andrés Murillo. Editorial Castalia, Madrid.
- Joyce, J. (1999): *Ulises*, Edición de Francisco García Tortosa, Cátedra Madrid.
- León, Fray Luis de (2001): *Poesías completas. Propias, Imitaciones y Traducciones*, Edición de Cristóbal Cuevas, Castalia, Madrid.
- March, A. (1992): *Poesías*, Edició a cura de Vicent Josep Escartí, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia.
- Marías, J. (1990): *Cervantes clave española*, Alianza, Madrid.
- Ortega y Gasset, J. (1964): *España invertebrada*, Espasa, Madrid.
- Riquer, Martín de (2003): *Para leer a Cervantes*, El Acan-tilado, Barcelona.